

Comentario al evangelio del domingo, 10 de marzo de 2019

¿Quiénes somos?

Cuando los israelitas llegaron a la Tierra Prometida después de su largo peregrinar por el desierto, recibieron el mandato del Señor de conservar la memoria de su pasado. Es lo que nos recuerda la primera lectura. Para que nunca se olvidasen de que habían sido esclavos en Egipto, de que el Señor Dios los había sacado de allí con “mano fuerte y brazo extendido” y los había llevado a una tierra que manaba “leche y miel”. Conservar esa memoria no era un ejercicio inútil. Les hacía saber quienes eran. En los conflictos, en las dificultades por los que tendrían que pasar, siempre tendrían la seguridad de que Dios seguiría estando con ellos, como estuvo cuando los sacó de la esclavitud en Egipto.



Porque nuestra identidad está siempre amenazada. Lo vemos en el Evangelio en el que la misma identidad de Jesús está amenazada por el demonio, por el tentador. Lo quiere comprar con la promesa de las riquezas, del poder. Todo para que Jesús renuncie a su identidad, a su misión. El hecho de que Jesús se mantenga firme frente al demonio y sus tentaciones,

hizo posible que cumpliera su misión, que fuese nuestro salvador, que diese testimonio del amor que Dios Padre tiene por todos los hombres, sin excepción.

Nuestra identidad es compleja. Somos cristianos, pero también tenemos una cultura propia, pertenecemos a un pueblo, tenemos una historia. Al ir asumiendo los cambios que se producen en nuestra propia cultura, corremos el peligro de perdernos, de despreciar nuestro propio pasado. Esa es la gran tentación que hoy tenemos. Como al Señor, el demonio nos tienta con las riquezas, con el poder, con la seducción de otras tradiciones que nos pueden llevar a despreciar la nuestra. ¡Qué inmenso error sería el que olvidásemos nuestras raíces, nuestra identidad! Sin raíces los árboles se mueren. Sin identidad las personas se pierden.

Parte de nuestra herencia como pueblo es la fe cristiana. Creemos que el Dios de Jesús es nuestro Padre, nos ama y procura nuestro bien. Al comenzar esta Cuaresma, conviene reafirmar nuestra identidad, reencontrarnos con nuestra herencia, reforzarla. No para situarnos en contra de nadie sino para poder compartir lo nuestro con todos. No hay culturas inferiores ni superiores. Son simplemente diferentes. Y en el diálogo, todos nos enriqueceremos. Pero no hay diálogo posible si no valoramos lo nuestro, si nos avergüenza nuestro pasado.

A Jesús el demonio le quiso robar su identidad. No lo consiguió. Que su ejemplo nos sirva para afianzarnos más en lo nuestro y para, orgullosos de ello, compartirlo con todos los pueblos de la tierra.

Para la reflexión

¿Me he sentido alguna vez avergonzado de lo que soy, de mi pasado, de mi familia, de mi cultura? ¿Qué tendría que hacer para sentirme orgulloso de todo ello? ¿Vivo mi fe con alegría y gozo, como parte fundamental de mi identidad?

Fernando Torres cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org